

## **POEMAS DE MIGUEL ANGEL ZAPATA** *Antología mínima*

### **La ventana**

Voy a construir una ventana en medio de la calle para no sentirme solo. Plantaré un árbol en medio de la calle, y crecerá ante el asombro de los paseantes: criaré pájaros que nunca volarán a otros árboles, y se quedarán a cantar ahí en medio del ruido y la indiferencia. Crecerá un océano en la ventana. Pero esta vez no me aburriré de sus mares, y las gaviotas volverán a volar en círculos sobre mi cabeza. Habrá una cama y un sofá debajo de los árboles para que descansen la lumbre de sus olas.

Voy a construir una ventana en medio de la calle para no sentirme solo. Así podré ver el cielo y la gente que pasa sin hablarme, y aquellos buitres de la muerte que vuelan sin poder sacarme el corazón. Esta ventana alumbrará mi soledad. Podría inclusive abrir otra en medio del mar, y solo vería el horizonte como una luciérnaga con sus alas de cristal. El mundo quedaría lejos al otro lado de la arena, allá donde vive la soledad y la memoria. De cualquier manera es inevitable que construya una ventana, y sobre todo ahora que ya no escribo ni salgo a caminar como antes bajo los pinos del desierto, aun cuando este día parece propicio para descubrir los terrenos insondables.

Voy a construir una ventana en medio de la calle. Vaya absurdo, me dirán, una ventana para que la gente pase y te mire como si fueras un demente que quiere ver el cielo y una vela encendida detrás de la cortina. Baudelaire tenía razón: el que mira desde afuera a través de una ventana abierta no ve tanto como el que mira una ventana cerrada. Por eso he cerrado mis ventanas y he salido a la calle corriendo para no verme alumbrado por la sombra.

### **La octava estación de Kafka**

Ahora leo los cuadernos azules del vecino que soñaba con la ventana en medio de la calle y el tronco derretido sobre la nieve. Un buitre le picoteaba las botas. Durante largas noches vio al cuervo de escaso plumaje merodeando la estación del tren y las terrazas vacías de la ciudad. Y mientras el demonio atormentado moraba por el bosque, Franz escribía ante una lámpara y una campana sus

sueños inviolables. Cómo podía saber Franz que el tronco era una columna de hielo clavada sobre la tierra blanca o que tal vez era la apariencia del sol sobre la octava estación de Babel.

## La cama

*Haz que tu ojo en la habitación sea una vela*

Paul Celan

Tendido sobre la cama en una habitación de hotel leía “El tordo” de Turguénev. En este cuarto sin ventanas he sentido con mayor fuerza mis heridas. Pero a diferencia del texto de Turguénev, mis heridas no eran de amor, y los nubarrones que yo sentía provenían de otra borrasca. Sin embargo, sólo le pedía un milagro a la noche: conciliar el sueño. Recordé la oración por los insomnes de Rilke y balbuceaba: “a quién debo llamar sino a tí, que eres oscuro y más nocturno que la noche, al único que, sin lámpara, puede velar sin miedo...”. Abrí mi cuaderno y escribí unas palabras a lápiz que ya no reconozco.

Ví al mismo niño esperando el caballo de papá cruzar el puente del río salado. Mi hermana Carmen miraba la polvareda que bajaba del cielo como un castigo. Tendido sobre la cama no podía conciliar el sueño. En otras ocasiones los pájaros siempre me aliviaron con su fuerza sólo comparable a la voz irracional de la naturaleza. Las oraciones no llegaban a mi alma, se quedaban afuera entre el humo de las calles. Orar es subir a la cima de tu alma.

Rebuscando entre mis libros recién comprados en La Gran Vía hallé por suerte uno de Celan, y estos versos: “Las dos puertas del mundo están abiertas”. Algo me tranquilizó, el Santo Santo, el Hosana, Hosana aquí en las alturas de este cuarto, entre sus nubes que bajan a llevarme en su vuelo, mientras el mal olor de la calle subía por las paredes de mi cuarto.

Celan tenía temor de las rejas y de las sombras, pero conocía bien las fuentes y el susurro de las rosas. En “También esta noche” dice algo que no voy a olvidar: “Con mayor plenitud,/ pues también cayó nieve sobre este/ mar en que nada el sol,/ florece el hielo en las cestas/ que llevas a la ciudad./ Arena/ pides por él,/ pues la última/ rosa en casa/ quiere también esta noche ser nutrida/ de la hora que corre”. La nieve sobre el mar por donde nada el sol: la hora corre por todas las cosas, y por la cortina que recubre la pared sobresale el deseo de abrir un hueco sin crear un abismo. Es que hay noches que suenan como campanas cuando uno va por ahí con rosas bajo el brazo en busca de alguna mujer

desconocida. Porque hay noches en que uno se tropieza con las piedras, y vaciamos en vano todos los jarrones sin agua. El jarrón de Sancho, por ejemplo, siempre estuvo lleno, aquel filósofo que venció a su demonio en La Mancha. Por ahí lo vi tratando de sacarme de este lío mientras el hueco se caía de la pared colgada como un gran cuadro de la Vida Dulce.

El fulgor no llegaba, y los muertos nos reclamaban los muslos firmes que corrieron sobre ellos en el cementerio para descansar en paz.

Ahora desalojo mi alma del polvo y de la nieve: la vacío desde la cima, con una vela para dormir.

### **Viajando en tren**

Viajo en tren mirando el mar mediterráneo. Qué delicia esta vista.

Aquí comienza el mundo: los ángeles se bañan desnudos en el espumoso mar.

El caracol avanza hacia la cima sin contratiempos.

Un coro de piedras nos canta en el vagón y las rosas se levantan su traje azul para poder ver el océano sin fondo.

En el tren mi pobre silencio.

Siempre vuelvo con demasiados libros en mis maletas, tarjetas postales y la cicatriz del tiempo.

He estado en varios trenes pero éste es el más bello.

No hay nadie: El mar está desnudo y es mi camino.

La jauría está lejos de mí, y este aire me limpia con los hilos del horizonte.

No hay nadie aquí, mi ojo es una lupa que se escabulle bajo los pinos que crecen en el mar.

Nunca ví pinos más hermosos, largos y serenos navegan hacia otro

blancor.

Aquí no hay árboles que tumbar, sólo párpados que  
sortean el cautiverio de las rocas.

Aquí cantan las piedras enterradas, los muertos que recuerdan  
los grandes barcos perdidos en alta mar.

No hablo de la rosa que flota sino de la rosa que oye el agua.

La rosa que es azul y es la grieta, el asta y el cordel del cielo.

El cielo nos mira y nos escribe, no necesitamos decirle nada.

El cielo tiene flores y habla de otra manera: su fragancia viene  
de las redes de las islas, de la bruma que irradia el sol cuando abre  
su boca para abrazarnos.

Busco una isla con mi canoa pequeña, desde mi bosque de sombras  
diviso una llama mientras me ladra el mar.

## El cañón de Colorado

Vivo ahora en una pequeña ciudad cuya entrada es un cañón que nace entre un río de nieve. Escribo, parte de la semana, en el ex-cuarto de un nuncio jubilado. Alterno mis clases con caminatas para sentir este aire seco de sierra, junto con los árboles que salen a vivir con mis pulmones. Cada día cruzo el inmenso jardín que da a la fuente sin agua, y desde allí se ven, detrás de las campanas de la capilla, las ventanas de las estudiantes que miran caer el sol de nieve. Las lluvias fuertes no caen por aquí, y el sol, cuando llega, me vuelve el más alegre de la comarca: hay que ver al gimnasta flotar sobre estos campos, dejando su brillo penetrante en la escarcha de la calle. La nieve te ciega, y al fondo del paisaje, esta lumbre sube por las montañas y baja por la carretera hasta que se cierra el cañón. Cuando estoy cansado, aburrido de la pizarra -y de no poder caminar cuando el cielo está en llamas- viene a mi memoria aquel mar que me ruge al otro lado de la montaña. Cuando escucho este sonido salado, salgo a caminar por la manzana y doy varias vueltas hasta completar dos millas. Esto me alivia y me permite pensar tranquilamente. Mi caminata favorita es al lado del río, y luego subo por parte de la montaña para observar el valle y el cañón reverdecido por las lluvias. Cuando camino estoy más cerca de mí mismo, más cerca de lo celeste. No puedo describir con precisión mi felicidad cuando recorro estas calles con el aire fresco alimentando mis pulmones, un aire sereno, fino, desesperadamente sensual. Algunos días puedo jugar al tenis, especialmente cuando el sol no deja su sombra antes de la cinco de la tarde. Este sol te puede hacer pensar el poema mientras corres tras la pelota como un puma delgado. Esta pelota que veo venir como una buena señal, regresa violentamente con su aire seco desde el impulso de mi raqueta y de mi voz. Con el tenis puedo dejar de pensar temporalmente y me regodeo con estos saltos buscando en el vacío el apoyo de una intensidad que a veces abrumba. A veces, mientras juego, siento un aire de mar venir hacia mí y me empapa con su sal y su hermosura. No sé de dónde viene, ni por qué llega en estos días en que el sol se empecina en entibiar nuestra piel que suda y suda. El sudor me regocija, quiere decir que algo dulce trama el ángel que me alumbra en las soleadas tardes de vino. Me pierdo (en la memoria del aire) sin que mi contraria sepa que no estoy aquí donde ella me ve corriendo de un lado al otro, y que la pelota pierde su altitud en mi primer saque. Luego de jugar el agua me revive: el agua tibia de la ducha que relaja mis brazos y mis piernas. No es así la rutina de todos los días. Hay días en que las pesadillas no me dejan cuando creo estar dormido y siento que me caigo sin control en el vacío. Tampoco entiendo por qué a veces veo semidormido estos duendes azules que vienen a bailar en mi cuarto. No puedo ver sus ojos ni su cuerpo, son una masa de color que baila frente al espejo. Al caer la noche me arrodillo y me elevo con fervor ante el príncipe de la luz: ahí las dunas del desierto mueren, y la lava desaparece en el mar azul. A veces no quiero dormir y consigo estar despierto por largas horas

leyendo o escuchando música: no quisiera que se acabe el día ni la noche: cuando al día siguiente la energía otra vez golpeando mi corazón. Así se pasan los días entre estos rostros alegres que viven su edad de oro. Allá la fuente murmura su silencio frente a la torre de las artes, y yo alerta este año que viajo por este cañón volando con mi carro azul.

### **Uno se cansa de estar solo**

Uno se cansa de estar solo delirando  
con su ventana en medio de la calle,  
entre la nieve que arrastra  
su blancor por los callejones olvidados.  
Uno se cansa de salir a buscar la  
misma mujer con el cabello  
largo hasta los pies.

Tal vez en eso consista el arte de la soledad:  
escribir repetidas veces la isla con su cielo lila  
y la esbeltez del faro que derrama su luz sobre  
tu cabello alborotado.  
Tal vez sea sólo eso: una brújula sin memoria  
para el tiempo que vendrá.

### **La vela del cuervo**

Nadia sabe por qué la ciudad esconde el lenguaje  
oscuro de las aves y los muertos.

El cuervo permanece callado, no quiere abrir la  
bisagra y dejar salir su luz por la rendija de una  
bocacalle.

Más allá del sueño de los cipreses está la sombra de  
una manzana verde, la puerta que nos lleva a la  
felicidad.

Dicen que la soledad nos llega con la lluvia, y que  
la arena de las playas sube como un viejo reloj  
hacia las torres derrumbadas.

El vino le habla al fuego, tu perro te mira escribir y  
presiente las nubes que lo distraen en el jardín.

El sonido de una nube es como una campanada de  
agua.

Nadie sabe por qué la puerta sigue cerrada, y los  
pájaros no han vuelto a suceder.

Sólo hay una ventana, y desde ahí se ve a una mujer  
con su deslumbrante cabellera trotando sobre un  
caballo blanco.

### **La lluvia siempre sube**

*¿Hasta dónde me alcanzará esta lluvia?*  
César Vallejo

Ahora comprendo porque la lluvia  
siempre sube por el corredor del cielo  
para encontrarte.

Hoy quiero salir a caminar y volver  
cuando sea necesario.

¿Por qué siempre hay que volver?

¿Por qué no esperar a que la lluvia se

suspenda como una acróbata en el malecón

para que nosotros podamos contarle nuestras  
perlas al mar?

¿Y cuando la lluvia suba, por qué no retornar  
a la casa que te espera?

Y allá arriba pareciera que todo ha muerto,  
hasta el faro de la playa que te llama  
con la neblina de la noche.

Abajo los perros soñolientos beben agua de las calles, y los cuervos solitarios acampan temerosos en la pradera de la playa.

Mi casa está sola: su luz amarilla se niega a desaparecer en el pasillo.

### **Punta Sal**

Aquella muchacha de ojos verdes se pasea por una playita solitaria con su deslumbrante cabellera trotando sobre un caballo negro.

El abismo es un lirio en la playa de Tumbes.

Detrás de las palmeras está Dios y su talento.

Una jungla memoriosa te roza las entrañas.

Una rosa húmeda te cabalga como un jinete que nunca conoció cansancio.

El cansancio es para los muertos, me dice la bruja.

Una rosa tupida se agita y relincha sobre mi cuerpo de sal.

El mar del norte es un caballo de paso, un redoblante que te rompe el corazón.

Es bonito pasear por la arena mirándola flotar sobre las ancas del mar, es bonito tenerla a la hora del vino, y para cuando salga la luna, su relincho será el comienzo de otra tempestad.

(poemas recientes)

### **El cielo que me escribe**

Cielo blanco sin polvo ni memoria. Cielo que limpia la visión del ave clavada sobre la arena. Cielo de algas y peñas en el moho: aire de ninguna flor, brisa de ningún árbol donde no se escribe el poema ni el diario de la muerte. Cielo mío que calla a tiempo el sonido del ave sobre la arena. Cielo mío que no escribe su visión por el ave ni la arena, sino por el moho y el alga que verdea el espejo ya disuelto.

### **Mi cuervo se desata**

Yo aquí con mi pico curvo soy hermoso: me desea la cuerva blanca que vive en la nevada, mi negrura es divina y en la miel descansa con la blanca tinta que brota de su cueva rumorosa. Me persiguen los pájaros de churriguera por no creer en su río de barro y de negrura: yo paseo campante por las siete esferas con la abeja de la flor de Liz. Aquí la superficie es curva como mi pico jovial, además, con estas alas avanzo hacia el boscaje de tu gran labio, para que otra vez me releas y te dilates, y vuelvas a chillar con mi voz de ave de la calle.

## **La iguana de Casandra**

*Para Casandra Iris*

Presiento que extrañas los arenales del desierto. No eres feliz, aún cuando mi hija te pone en el árbol de nuestro patio para que te sientas en casa. En tu mirada veo las dunas y una luna parda volando con la arena. A veces pienso dejarte ir pero no quiero ver triste a mi pequeña niña. Siempre recuerdo cuando te escapaste de tu tanque de cristal y luego te encontré meditando encima de mi ordenador: sorprendida mirabas mis palabras con luces y escuchabas las quenas de mi grabadora Quazar. Veo tus ojos plomos en los míos y pienso en el desierto: las dunas me atraen, sus líneas son femeninas, cada trazo es el pincel de un lenguaje sagrado que vive siglos bajo el sol. Así el mundo, la lengua, el poema que no quiero ya escribir. No sé si te compraré un tanque más grande, con algunos troncos elevados o te dejaré ir uno de estos días. Creo que morirías en este zoológico humano, además nadie te daría verduras ni lechugas frescas y calor. Ya quisiera volar al bosque de tu ensueño, dejar esta prisión de silencio y entrar en tus ojos plomizos para bailar en el desierto, donde alguna vez bailaremos desnudos bajo una tibia duna.

## **Escribo en la ventana**

Escribo en la ventana mirando la luna de mi cuervo. El mar acorazado sin gaviotas, maloliente aún se balancea entre sus olas. Aquí no hay mar: sólo residuos de nieve sucia pisoteada por los carros. La nieve cubre esta ciudad blanca sin sillar. Los astros patinan con el frío y yo camino con la luna entre la nieve y me siento cerca. Subo la Montaña y veo el cielo del texto inspirado en el hielo de la sombra. Todo el paisaje se derrite desde mi ventana. El día comienza otra vez y el fuego vuelve. Más leña y el jolgorio de los niños: nunca pensé que el fuego hiciera tan feliz a los niños. Es la lumbre que nos llama a bailar sin zapatos sobre la alfombra. Así con cuidado escribo mis corales en el patio de la casa: ahí donde descansaba mi pobre árbol desnudo y seco.

## **La casa de la cuesta**

Siempre en la ventana el cielo me desvela. Desde mi casa, la montaña tañe sus lianas invisibles. Después de caminar por la cuesta me detengo en mi puerta a mirar la montaña: un terciopelo entre lila y rojo la recubre. La miro mientras mis hijas pasean en bicicleta por la cuadra. Mi casa está en una cima: desde aquí la mirada se desliza entre los aviones que van dejando señales con la tinta de las nubes, y se caen sobre las chimeneas de las casas. Por eso, antes de pensar escribir una palabra, pienso en el cielo que me escribe. En casa, la leña del invierno orea la sala y los cuadros de pan de oro: huele a cebolla y perejil, a frutas de sierra, a vino tinto de los valles sagrados. La ventana divide su silencio entre la puerta y el aire lento de la calle, y la otra puerta de ceniza adivina el barro que seremos, mientras sentimos una luz interior que nos alienta, aunque nubes negras oscurezcan la ventana.

## **La lengua que yo quiero**

Volver a caminar y el texto del cielo que te lee cuando la ciudad se apaga. Un arcoiris en el techo de la casa salva la mañana. La casa huele a ceniza de cielo: mis hijas tomando fotos a los siete colores mientras brotan los pomares. Así sobrevivo protegido por los siete rayos y aquellas nubes que festejan al Creador del todo y la nada: por eso escribo lo que el arcoiris me dice: desde mi ventana veo la nevada y escribo lo que la nieve querría, y escribo lo que veo y lo que quisiera, queriendo verlo todo como el agua sin aire.

## **Mi lengua rumorosa**

Cabalgo para ver encenderse la antorcha del puerto y esperar al deseo en la orilla de este templo marino que se deshace ante mis ojos.

Cabalgo el abismo del sol para encontrar el tesoro sepultado, la arcilla fundida, el relumbro de una nueva lengua rumorosa.

### **La hora del poema**

Es la hora del poema: ves la primera letra en el paisaje, abres la ventana y ahí la morada del cielo. Es el día en que revienta la luna y la alhucema sahuma las paredes de la casa. Y ahora que estás abatido por la pasión sabes que en vano llegarán otros signos: el oboe del bosque ya se ha derramado en tus oídos. Es la hora del poema: la lengua baila jazz, tu saxofón se desata con la primera frase sensual y el mundo cambia para ti: un siglo de luces ascendiendo, tu alma en el vacío del río, el mar en el muelle con sus ángeles cantando los himnos de la Gloria. Todo lo ves en tanto sientes el leve pensamiento del mar. Es la hora del sacrificio, la hora de purgar todas las culpas. Escribes el poema; cualquier lugar es morada de cielo para el canto. Escribes el poema mientras las niñas dibujan en la sala y el canario canta con tu pluma excitada la llegada de las llamas. Tu hada de carne y hueso te sirve café con crema, un terroncito de azúcar y pastel de nueces: comes, saboreas y miras el humo ascender despacio por los ladrillos. El fuego no cesa de tranquilizarte. Entonces escribes el poema una y otra vez para satisfacerte, para ver un instrumento escribiéndose en la página olorosa, tu cuerpo temblando por el encuentro. Es la hora del poema: lo levantas en una colina verde, bajo las frazadas con la que te susurra palabras vaporosas al oído.

### **La lluvia lila**

El día comienza con la memoria. En el umbral de la ventana aún se siente el viejo polvo de los solares, el miedo de decidir si el mar es azul en el texto o lila la lluvia sobre los techos. A nadie le fue dado conocer su destino. La nieve cubre la ciudad y todo es blanco y brilla. Nada más importa: la sombra se disuelve en el umbral de mi ventana. Todo pasa por estos bordes y esta página de aire se balancea sin tino por la superficie quemada.

### **El espacio del poema es un río**

El espacio del poema es un río, un bosque de venados mirándome escribir con la humedad. El río huele mi desnudez y el agua arde. Entra un aire de mar hacia mi cuarto y despierto. Después de las briznas de nieve las palabras se congelan en la garganta: hay truenos. Bailo y la voz me tiembla ante el silencio de los álamos. Toco mi cítara en este santuario donde lavamos las heridas y nos adoramos sobre la hierba. El pincel da la idea al deseo: leo Paul Klee y sus rosas de plata penetran la ventana. Su cuerpo recién salido de la ducha se desdobra bajo las cuerdas de un chelo. Escribo el rumor de su cuerpo refrescándose en el agua. La veo salir desnuda con sus muslos firmes, y sus piernas me sugieren besos en el pozo de la dicha. El cuerpo mutilado del río recorta las visiones y su cuerpo en la arena es la trasgresión de la luna. Me siento satisfecho porque aquí la nieve desaparece con el sol de la montaña. La montaña me guía hasta el ancho río y escribo otra vez la señal que desaparece en la ventana.

### **Si todo el cielo fuera una campana**

El silencio es una raza solitaria que procura su razón de ser en la campana. Si todo el cielo fuera una campana, nunca estaría en casa mirando los duendes del ropero: estaría quizás como el marfil en su selva de mil árboles, o rodeado de arpas escuchando el coro de los santos cosmógrafos, allá arriba, donde la luz de mi cuervo cantor aletea y conmueve mis esferas.

## **Las nueve esferas**

Cien globos de luz a lo lejos perlas de flores en llamas: el cielo del sol blanco, arriba, cerca de El, cuyo Nombre es portento del fruto dulce de mi alma: globos de fuego desvelado que sobrevive a la tierra sin tiempo: cien globos y constelaciones de estrellas bajando a coronar el limpio arroyo de las almas, el triunfo del arpa quemando dulcemente el sol de las últimas condenas: mientras tanto escribo en las nueve esferas extasiado: órdenes de ángeles soplan las perlas de los globos, a lo lejos, la Razón se desvanece.

## **Te alabo al son del arpa**

Oh Señor, te alabo al son del arpa, desnudo, casi vencido, despedido, sin palabras y sin fe. Esta luz que espero esta tarde viene de la Montaña: sin voz ni aliento me levanto y te ofrezco estas rosas anacoretas que tú sembraste cuando dejé en tu fuente mi abecedario de niño entusiasmado; y ahora, después de años de amor y de sorpresas, vuelvo a dejarlas en el himnario del arpa que resplandece oreada en mi ventana.

## **Escenarios**

Desde mi ventana siento pinos. Los molinos flotan entre las ramas de una selva sin linde. Los mástiles negros dan sombra a los molinos, y las lianas aspiran el bronce de los árboles. Caminamos para leer las hojas y el caucho prendido de las ramas. A veces la lluvia calma los nervios, sobre todo si ocurre en estos campos repletos de árboles morados, lejos de la ciudad, errando con las hojas de palabras. Mirar y errar sin extraviarse ante el esplendor de los follajes. Así me pareció ver una alpaca corriendo por el prado, buscando la nieve que nunca toca las encinas. Y pensé en el albornoz cubriéndole la piel al salir del baño, la señal del vapor encendido en este bosque de hornijas.

## **Saint Louis**

El río me llama, su cuerpo me desea, no le basta que camine a tientas por la noche buscando el mar. Los riscos de nieve se aglomeran en la calle y el río me siente cuando camino bajo la lluvia de hielo. Así me pierdo en esta selva de metal atravesando las autopistas que van al sur. La ciudad es para saborearla como un largo cuerpo, con todos sus olores, puentes y rosales. Bailo y disfruto de la ciudad, es mi consuelo el ser desconocido entre la niebla. No escribo una letra en el verano. Por aquí andaba Nemerov con su caballo blanco. A veces se paraba en medio de la calle Del Mar a mirar el cielo mientras hablaba solo y sonreía. Los poemas salen mejor con siete rosas en el suelo, me decía, y mucho mejor con follajes amarillos. Con los cuerpos de las muchachas recostados en el césped la poesía reverdece. Mirar para escribir el poema, mirando los muros de ladrillo, los deseos incumplidos de una playa ausente. Oír para sentir el lirio del lenguaje, el sonido del pasto, los saludos de los pájaros que vuelven después de las lluvias. En la ciudad se escriben los cantos del río de la dicha, del Arco que parte la ciudad desde lejos. Las palabras vuelan con la mirada, el sol que grita su contratiempo, el abismo que te atrapa durante la humedad.

## **Machu Picchu, primera visión**

Yo escribo sin reloj, sin pensar en nada, entre las esferas de la piedra volando con el río. La palabra me llega con el lodo de la lluvia y la madera: aquí vive la paja, el alpiste y la llama del poema que penetra la piedra de los siglos. Allá abajo vive la ciudad y su cerámica de iglesias, cafés, y nubes que adelgazan y suben. Aquí sobre la piedra sobrevivo y entre ojos anonadados crece la llama del río y la arcilla frota solitaria su memoria. La selva, el lirio y la morada de la piedra me susurran al oído. Desde aquí veo los secretos andenes, y a las muchachas extranjeras que se abren de piernas desconsoladas. No hay ideas, sólo aire, un aire que te llama con la música de la piedra. Ya el oro se deshizo, la belleza engañadora de la fuente de cristal. Aquí escribo, peregrino, con mi botella de vino helado mirando las vicuñas corredoras. Aquí el alma traspasa el aire, la bruma, y me escribe la piedra su mejor sonido.

## **La orquestación del mundo**

*A Gwen Kirkpatrick*

Así defines tu deseo en el aire, con las palabras que vuelven mientras caminas bajo el sol, cuando la celeste polvareda de sal te cubre la desnudez y quieres saltar y suspenderte en el aire hasta encontrar el ángulo seductivo de la voz, las escalas que se van cayendo de tus ojos. Vas a la orilla a escribir el silencio que define la orquestación del mundo, el umbral por donde miras la gaviota que cae a lo lejos sin tiempo ni vaivén.

## **Lumbre de la letra**

*A José Emilio Pacheco*

No huyas que rompes mis barrotes y me dejas sin vuelo en la piscina azul. Mira que el mar es el mar y su cielo muere en la urna de la noche. No te vayas que aún me conmueven los viejos sonidos del ropero, el tambor y la sequedad de los días sin sol. No volveremos a estar solos temblando en el nevado. Contempla la arenilla y el cristal que nos refleja mirándonos el agua. Lee la señal que sigue la dirección del aire, el sudor de mi cuerpo cuando busca a tientas la llave de mi prisión para irme de vuelo por la ciudad apagada, entre la nieve sin lumbre, entre el barro que brama con la lluvia, el fango que incita a escribir en esta sierra colorada.

## **Voz y lirio**

*A Oscar Hahn*

Cuando las aves silban en tu ventana sales a buscar la huella del fantasma. El viento azota la ventana y derriba la memoria. En la arena se pierde la huella de tu voz y los lirios azules reaparecen conmovidos. Las palabras como en la sonata combaten para crear un dulce ritmo, el polvillo celeste que te llena de emoción y saca chispas a tu mesa de trabajo.

## **Humo de agua**

Busco el río bajo los pinos. El lodo purificado de un tiempo me reclama. Desde la orilla veo esas torres góticas de las iglesias que ascienden al cielo con el reflejo de las fuentes. Una pintura de ángeles desnudos, me digo, un óleo espumante que flota con el río. Me oigo en el pozo: bajo el platanal un fantasma rellena los porongos y mis hermanos con mi padre se van a la chacra con el polvo que se lleva mi pelota de caucho por un camino perdido. El mar al otro lado del valle suena con los tablones de madera y me revive. Allá es donde vamos a escribir la inquietud del niño sobre la arena y sus primeros deseos deliciosos. El humo de agua me recuerda la prima que recogía garbanzos entre mis piernas y el primer roce. El polvo ya no viaja más en la memoria ni tampoco el enigma del miedo de mi pueblo sigiloso y pecador. El día silba con el sol y el paisaje busca fijar aquéllos rostros del tiempo, la huella oscura de la voz y su difícil transparencia.

## **Misisipi**

Esta noche escribo el río y presiento los filamentos de las arpas sumergidas en el agua. Nadie los ve, me dicen: sólo un eco de río sin fondo, sirenas que se mueven entre mis piernas. Escribo sobre el río como en un campo de bambú y controlo la brisa, el aire del medioeste que llega con los barcos a vapor para revivir el frescor de la antigua luna: hay apuestas y música de banjo: bailo con la de vestido apretado y el cabello limpio: escribo bailando y mirando el río, sintiendo el viento penetrar mi imaginación cuando salto sin zapatos. El verano es la humedad del jazz y las negras olorosas bailando en cubierta: y todo sucede aquí en mi barco a vapor, con el río turbulento agitado del verano tras la huella de mi dulce sombra.

## **Mis sílabas perdidas**

Hoy el mundo es la caja de resonancia que flota con mis sílabas perdidas. Estas torres se trenzan en el aire mientras las campanas llaman otra vez y la capilla vacía, el sol se escurre con algún pájaro por la torre mayor y la lluvia oreada por fin desaparece.

## **Waterbed**

En la cama de agua nuestros cuerpos rejuvenecen. De los gritos brotan burbujas que vuelan por el cuarto. Aquel cuadro nos mira deseoso: es la fiesta de la rosa, y el arpa suena con el cloro de la noche. Un corno se oye en nuestros pechos, sin eco nos balanceamos con los codos que sostienen nuestro mundo desbordado. En la cama de agua el vaivén de las columnas que buscan su perfecta forma, los cabellos que se enredan en las frazadas, los ojos cerrados, el gemido del agua balbuciente sobre los hombros.

## **Lecho sin flores**

Entre estas almohadas sin encaje, me revuelco contigo sin espejos, y cabalgo sobre la pradera de tu espalda firme: siento tu cuerpo posándose otra vez sobre el mío, mis ojos sin lumbrer giran en direcciones contrarias a tu pelo, y gritas otra vez como una yegua perdida en la llanura de la cama, gimiendo moribunda sobre mi lecho sin flores.

## Mujer fragante

Escribo por la mujer fragante de la ducha. Está desnuda: los jabones vuelan con las toallas excitadas mientras ella sale de la ducha desdoblándose bajo las cuerdas de mi chelo. Su cabello mojado me revive. El vapor da la idea al deseo y su espalda da sombra a las sábanas azules que absorben su limpia oscuridad. Mi cuarto alborotado la celebra, y mi ropa recién lavada la huele con sus piezas viriles. Está desnuda, llena de baba se retuerce hermosamente con el brasero encendido.

## Los muslos sobre la grama

Escribo por la muchacha que vi correr esta mañana por el cementerio, la que trotaba ágilmente sobre los muertos. Ella corría y su cuerpo era una pluma de ave que se mecía contra la muerte. Entonces dije que en este reino el deporte no era bueno sólo para la alegría del corazón sino también para el orgasmo de la vista. Al verla correr con sus pequeños shorts transparentes deduje que los cementerios no tenían por que ser tristes, el galope acompasado de la chica daba otra perspectiva al paisaje: el sol adquiría un tono rojizo, su luz tenue se clavaba dando vida a la piel, los mausoleos brillaban con su cabellera de oro, y volví a pensar que la muerte no era un tema de lágrimas sino más bien de gozo cuando la vida continuaba vibrando con los muslos sobre la grama.

## Mi Vallejo

*A Stephen Hart*

Aquí lo veo en esta banca de la plaza de las palomas, pensando en la lengua que escribió con el mundo ese cristal que quema la poesía. Hoy vuelve a escribir sobre la plaza la tinta intraducible del cóndor. De aquí se para y camina por la noche que ha vuelto a prender sus faroles, y de bar en bar va hablando y sonriendo mientras la garúa avanza. Y de aquí se marcha con la frente sudorosa, incansable.

## **Mi cuervo toca rabel**

Con un lenguaje de locomotora y humo escribo el diario de la vida leve, entre ventales de cedros deleitando el santo oído con el agua que envilece el oro. Mi cuervo anacoreta revolotea las esferas y toca el rabel sonoro anunciando su victoria ante la envidia y la mentira. Esta tarde disfruto del texto de las luces, aquella morada de azul inexplicable: escribo boca arriba sobre el pasto, sin mesa ni casa, deleitoso de la grey del firmamento. Cloro y más cloro, cristal de mil formas, rayos que rigen las estrellas y las ciudades entre puentes y pirámides con rascacielos sin fin. Todavía, la región luciente derrota al metal retorcido del fin de siglo. Aquí van las aves de regreso a sus lagos, las niñas corriendo con sus aros bajo el sol, los papeles amarillos cruzando la idea del fresno por la selva. Es verdad: no todo es selva, pero sí bosque espeso que sale a la luz entre las ramas del árbol de la dicha, entre el barro sin salida. Difícil vivir solo de la hermosura, pero al mirar el espumoso mar con sus sirenas desnudas en la orilla, las largas piernas de las doncellas paseándose en el centro comercial, y otra vez el cielo que me escribe desde su desierto de rosas, vuelvo a pensar en la noche diabólica y pierdo mi alma en este escollo duro que turba las esferas de mi cuervo. Y escribo otra vez sobre los saucos y las catedrales rojas del jardín de los dioses. Escribo por Floralba, la llama de San Juan, por el hado del día, esta luz que retiene mi ordenador frente al pico más alto de Colorado, y así desde la grama florida van saliendo otra vez las esferas, y mi cuervo.

## **Las dunas**

Pienso en aquella flota de nubes que baja a mi patio con la humedad de las rosas. Mi mente viaja por la lejanía de los muelles, por las tablas abandonadas en el naufragio de los ríos. Intento en vano abandonar la imagen del mar mirando las nubes que ya están en mi cabeza. El mar está en mi sangre y es el clavel caliente que me vigila cuando escribo. Me observa mover mis huesos mientras un río de leche baja de las nubes. Soy una nube y quiero volar con ellas para penetrar su vientre lleno de agua salada. El mar se mueve en su laberinto: no necesito verlo para saber de su blando movimiento, del hilo que me rodea y me lleva hacia su cosmos, la aurora de su sencilla felicidad. Tal vez por eso amo las dunas, son mi consuelo, el laberinto y la espada sin centro. Escribo al lado del árbol y no puedo destejer las redes de la piedra con amor. En cambio, encuentro otro laberinto en este aire, su caos azaroso me lleva a escribir el primer disparo en la oscuridad.

## **El polvo y la tiniebla**

El polvo llega por aquí como si fuera parte de nosotros.

El agua corre y arden los grillos en el pozo sin fondo.

No levanto la mirada y respiro despacio.

Cuando la oruga muere y el agua se estanca en las calles escribo como la oruga, y por la mañana el sol vuelve como si nada hubiera sucedido: mi perro mira el sol y yo escribo temblando en el patio de la casa.

## **Voy a escribir algo**

Imagino que voy a escribir algo sobre el perro que mira extasiado los cristales o sobre el blancor intenso del árbol que permanece de pie como un enorme ángel con espadas.

Imagino que voy a subirme a los pinos para tomar fotos de los copos de nieve que se van deshaciendo sobre la arena.

Pienso en pedir al cielo la gracia de la lluvia fresca.

Los cerros desesperados se agarran del sonido de la luz del sol que nos derrite, y las rosas amarillas susurran en el patio con mi perro.

### **En mi patio tengo un rosal**

En mi patio tengo un rosal y un río de leche que amanece.  
En la madrugada el barro detona su silencio en los túneles  
secretos que van al mar. Nadie sabe de su color ni de su  
flujo, excepto las abejas que escriben odas de miel y las  
aves que esperan reescribir en su cuaderno el cielo que  
jadea con la bestia.

### **La fuente**

El viejo árbol se desnuda. Mi perro salta feliz sobre la hierba.  
Me dice que las palabras llegarán como los pájaros bajan a  
la fuente o se caerán con el follaje de nuestro viejo árbol.  
Tal vez esté en lo cierto.  
El jardín llega con la noche y la sonata espera el salvaje corazón.  
El sol descarga su fuego para que podamos vivir su ceguera.  
De pronto cuando la fuente canta el cuchillo del bosque la acecha  
y le trae ángeles embarrados de fango.  
Cierras los ojos y rellenas los vasos de humo como señal de sacrificio.

**Cairn Terrier**

*Para Christian, en sus ocho años*

Mi perro tiene alma,  
por eso lo enloquece el geranio púrpura del jardín.  
Su único pecado es tratar de atrapar los pájaros  
que vienen a beber agua de la fuente de nuestro  
patio. Le gusta oír a Mozart cuando llueve, y suele  
bailar sobre un puñado de arena cuando hace sol.  
El modifica el desierto con sus pequeñas patas y  
conoce como nadie el otro lado del jardín.  
No tiene memoria, por eso es feliz.

## **El gato Gauguin**

A veces me creo el cuervo de la noche y quiero levitar sobre los pinos. Me asoleo cada tarde al lado de la reja de la casa, y me la paso todo el día contemplando la belleza de Hércules, el loro caprichoso de Ana. Si supiera lo que pienso cuando lo veo abrir sus alas y girar su cuello entre el silencio de la jaula. No niego que se me hace agua la boca. La altura de la jaula, una escoba, y una puerta negra nos separan. Muy a menudo, los pájaros del barrio vienen a compartir sus semillas y le traen un aire nuevo que lo hace dudar si es verdaderamente feliz en la casa de los geranios. Piensa con frecuencia en todos los pájaros que silban en los árboles de la calle, sobre todo en aquellos desconfiados que prefieren quedarse en lo alto de los pinos. Por eso tal vez quiera levitar sobre los cielos, o creerme el Dante o un pájaro carpintero que vive golpeando jubiloso el tronco de cualquier árbol.

## **Ya no tengo ángel de la guarda**

Ya no tengo ángel de la guarda. Un día inesperado se perdió en la llanura buscando la plenitud y el reposo. A pesar de todo, el movimiento del cielo no cesa todavía. Sigo caminando por el bosque con los ojos abiertos, y a veces siento en el aire una breve eternidad. Pienso que mi ángel de la guarda - por ese inmenso cariño por las islas - está de custodio de las profundidades del mar, que después de todo, es la otra cara del cielo. Sé que no está en el monte Nebo contemplando el tiempo que vendrá. Mi ángel tenía una larga cabellera negra y sus ojos te seguían por todas partes. Cuando iba de paseo en mi bicicleta su cabello era una llamarada de fuego negro que llamaba la atención en todo el vecindario. Nadie la podía ver, excepto mi perro que agachaba la cabeza cuando volaba por encima de los geranios. Ya no tengo ángel de la guarda. Ahora camino solitario por las oscuras calles de los pinos y presiento que alguien todavía me vigila.

## **Un gorrión en la casa de los siete patios**

Insisto en que deberías huir volando por el patio de los geranios sin mirar el cielo de las rosas. Luego podrías escribir algo en el patio de Homero, y buscar algún amor en el patio de la Pasión. Detente en el patio de Virgilio, y mira como la trémula luz del agua en un jarrón de barro reverbera la luna que se eleva con tus alas por este cielo. Recuerda que bajando el callejón te dije: “mejor es que te vayas a volar con las garzas del lago de Patzcuaro o acabarás tendido en el patio de los Callados”. Cerraste tus alas llenas de frío mientras tu vendedor, desde su jaula negra, trataba de convencerme para que te llevara a mi patio lleno de pinos - ahí donde el espíritu se extravía en la ociosidad - sin saber que tú eres el maestro del presagio, el que nunca cesa de pensar.

## **El puente**

La nieve tiene otro sabor en mi lengua cuando el cielo me toca la frente y lame dulcemente mi cerebro. La nieve es otra acuarela, un vacío lleno de blanco que te enceguece. Ella no fue hecha para mis ojos ni tampoco para mis pies. Y ahora que voy camino tras el polvo de la cima la nieve desaparece. Es una cima de concreto con las piedras agujereadas, una torre que permanece sobre el río sin agua.

## **Claustro de cuervo**

Hace poco leí algo sobre un gallo que yacía sobre una sábana de hielo, inmóvil ante la sombra de una manzana. Gallo poco imaginativo, pensé, y sobre todo, sin hacer nada ante toda aquella fría gravedad. Para mí el júbilo - y en eso coincidimos plenamente con mi cuervo - es el aleteo de los anillos del aire celebrando sus alas con el filo del sol. Por eso mi cuervo se sienta debajo de este pino, adentro de la casa, y me dice: “he vuelto en mí y temprano he visto la lluvia lila que viene de los cielos”. La nube del aire, el pino verde y alto tocan la enorme luna de octubre a las diez de la noche. Mi cuervo mañoso baila desnudo

bajo esta misma luna de octubre. Hace tiempo vivió en un claustro pero pronto se mudó a la escolástica de las cinturas delgadas. De vez en cuando me habla al oído, quiere que redima mi alma. Siempre lleno de luz va de vuelo con su pico cotidiano por la gran ciudad, y ahí se le encuentra en su casa de la cima donde nadie lo ve ni lo oye, en lo alto del trueno y de la lluvia.

### **Mi perro observa**

Parece que finalmente llegará la lluvia: mi perro observa atento como van llegando las nubes gordas por detrás de los cerros. Escribo con las patas de mi perro penetrando la arena del árbol más grande del jardín. Cuando la lluvia llega hay una mezcla de alegría y tristeza, algo que no se puede explicar con palabras. De pronto cambia el tono del paisaje, las astillas de la luna se clavan en la ventana que da a la sala, el árbol alumbra el patio sin hojas, y los geranios cambian el color del cielo. El cielo rojo envejece con las nubes y mi perro le saca la lengua a los pájaros muertos.

### **Orfeo**

Los corceles de Orfeo vuelan por el cielo del desierto  
sin preocuparles el tiempo que vendrá. Saben que  
sólo me interesa la colina desde donde se ven las  
velas de los ángeles que alumbran todos los pinos  
de la ciudad. El otoño se derrumba con el árbol seco  
de mi patio, mientras que todos los pájaros esperan  
en fila la reaparición del orden en los cielos.

## **Mi caballo se ha quedado sin estrellas**

Mi caballo se ha quedado sin estrellas. En la noche ya no levanta la cabeza para leer el firmamento ni tampoco corre libremente sin temer el desfiladero. Por primera vez ha sentido el vacío que otorga la tinta a los olvidados, y galopa con el hocico babeante por la enramada. Mi caballo ya no relincha como antes, el amor le ha carcomido la mente y los nervios. Su pelaje vuela con el viento mientras pasta bajo el sol o camina entre la niebla de la ciudad, y espera y espera el regreso del gran fuego para que lentamente lo depure.

## **Mar reseco**

Aquí hay un mar reseco y cerros que vienen y van para encontrar su flama. El polvo tiene el color de la cerrazón: sólo con siete palmeras se puede escribir un milagro. El sol irradia su fuego sobre la piedra que señala el tiempo que vendrá: es el reloj sin tiempo que marca mi hora en esta ciudad de arena que me dice cuándo he de bajar a domar sus caballos negros. La ciudad está aquí galopando trémula, al lado del río crece y crece entre el abismo lleno de sangre.

## **Cuervo en el desierto**

He aquí la poca felicidad que me depara la vida:

el sol y la arena embarrada sobre mi pico jovial.

Por eso, en los días de sol, que por aquí son muchos,

salgo a volar, como ahora que escribo desde el aire,

sin pensar en nada, perdido solaz en lo celeste, y sin

preocuparme de la sombra de la silla oblicua ni

de los espejos rasgados de la casa.

Y así suelo volar sin desesperación por el cielo lleno de

tierra, con la única sílaba que dejaste caer sobre mis alas.

## **El Paso**

Aquí hay un puente al revés y un río que no habla. Algunos incrédulos hablan de los gerundios y los geranios que vuelan por el río. No comprenden porque nunca han visto el mar ni los faroles que la luna señala por la playa. Debajo del puente hay una ciudad que no hace ruido y al otro lado las torres humean sus metales. Vaya contraste: gerundios y geranios cubren mi patio interior, y allá afuera espejean las gemas de la ciudad, aquella toldería que se asoma con los peregrinos que cruzan el infierno sin agua.

## **Apuntes para un loro que no conoce tristeza**

*Para mi hija Ana*

El loro me mira desde su jaula y no me habla, parece que ya conoce la felicidad. No sé quién está adentro ni quién está afuera: él gira su cuello y mira hacia arriba, su cielo es un árbol seco desde donde se descuelga la primavera. Este loro sabe empuñar el aire con sus alas, y aún cuando presiente que no puede volar como quisiera, me mira y no me dice nada. A veces baila con su cuerpo ligero, se mece con el sol que cae a través del árbol que lo mira suspendido en el espacio de la jaula. Como la mariposa que no conoce tristeza, el loro construye un modo de vida ideal para que los geranios silben en la mañana: él sabe silbar y no me habla por algún motivo que desconozco. Es prestidigitador del silencio, y sabe estar callado como la poesía.

## Miguel Angel Zapata y la sacralización de la realidad Oscar Hahn

Existe una tradición del poema en prosa que atraviesa diversos espacios y tiempos. Se origina en el romanticismo alemán, continúa en el simbolismo francés, se prolonga en el surrealismo y desemboca en algunos autores posmodernos. Entre los rasgos que configuran esta tradición se cuentan: la creación de atmósferas encantadas, la invención de figuras afines a los personajes de los cuentos de hadas, las referencias a manifestaciones no convencionales de lo sagrado y las connotaciones o alusiones míticas. En Hispanoamérica pertenecen a este canon poetas como el venezolano José Antonio Ramos Sucre, la argentina Alejandra Pizarnik, y el colombiano Álvaro Mutis. Habría que agregar ahora un nombre más reciente: el del poeta peruano Miguel Angel Zapata, especialmente en *Lumbre de la letra* (Lima, 1997), *Escribir bajo el polvo* (Lima, 2000), y en esta nueva colección de poemas, *El cielo que me escribe* (México: Ed. El Tucán de Virginia, 2002), con el cual obtuvo en Premio Latino de Literatura 2003 que otorga cada año el Instituto de Escritores Latinoamericanos de Nueva York al mejor libro de poemas, y que ahora con varios poemas inéditos se reedita en Buenos Aires.

Uno de los aciertos de la poesía de Zapata es la invención del personaje llamado el cuervo anacoreta; curioso pájaro que es convocado en tercera persona o cuya voz escuchamos directamente a través de sus monólogos. Es una especie de alter ego del poeta y una materialización de su inconsciente (en ocasiones adquiere el carácter de símbolo fálico). No es extraño entonces que muchos de los rasgos definitorios de sus dos recientes libros se concentren en esta sección: la atmósfera feérica, la fundación de pequeños mitos, la sacralización de la realidad, el empleo de adjetivos cromáticos (lluvia lila, árboles morados), entre los que destaca el color azul, y la presencia de elementos naturales de gran brillo y pureza, como la nieve, el sol y el cielo, todos correlatos de esferas superiores. Agreguemos que el mundo fundado por los textos se mueve en esa zona que une la vigilia y el sueño. Son visiones que se gestan en la simbiosis entre la fantasía y la realidad contingente. Esto se aprecia con meridiana claridad en uno de sus mejores poemas; el titulado "La iguana de Casandra". De acuerdo con la información biográfica que manejamos, todos los factores que Zapata pone en juego aquí provienen de experiencias reales. Casandra, efectivamente, es una de sus hijas, y la iguana era su animalito regalón. Sin embargo, estos y otros elementos adquieren un aura de irrealidad, gracias a las connotaciones de las palabras Casandra e iguana. Sabemos que la Casandra mitológica está ligada a las artes adivinatorias y que la iguana, ese

pequeño dragón, todavía carga con su pasado mítico. La irrealización de lo real es una de las técnicas más productivas de Miguel Angel Zapata.

He mencionado antes a Ramos Sucre, Alejandra Pizarnik, y Álvaro Mutis, como integrantes de la misma tradición a la que pertenece Zapata; pero hay un punto esencial en el que el peruano corre con colores propios. A diferencia de esos tres autores, en las prosas de Zapata no hay nada alucinante ni perturbador ni funerario. Lo que hay en cambio es una actitud de exploración y reconocimiento de las maravillas del mundo, que son también las maravillas de la escritura.

La poesía de Zapata no es un diario de muerte. Es más bien un diario de la vida leve, como lo llama él mismo. Emblemático de esta filosofía es el poema "Los muslos sobre la grama". El poeta está visitando un cementerio y de pronto divisa a una muchacha que viste shorts y que pasa corriendo entre las tumbas. Es una visión que lo induce a la siguiente reflexión: "Y volví a pensar que la muerte no era un tema de lágrimas sino más bien de gozo, cuando la vida continuaba vibrando con los muslos sobre la grama".

La poesía de Zapata es el registro de una forma de vida que no deja huellas de sangre en el texto, sino el rastro de un poeta singular que se interna con regocijo en el valle sagrado de las letras. La obra poética de Miguel Angel Zapata se destaca entre las voces literarias más renovadoras en Hispanoamérica a partir de 1980. Esto se corrobora en la impecable edición de *El cielo que me escribe*. Ya lo había anticipado el mismo Álvaro Mutis, en una breve nota, que ahora cito: "La poesía de Miguel Angel Zapata es una poesía profundamente personal y en extremo rica en posibilidades e imaginación, un rigor y una continuidad en su trabajo poético, que no son comunes en nuestro continente tan poblado de talentos y tan escaso en verdaderos artesanos de la poesía".